

# Los jóvenes en México<sup>1</sup>

Reseñado por J. Igor Israel González Aguirre<sup>2</sup>  
jiigonzaleza@gmail.com

Reguillo, Rossana (2010). *Los jóvenes en México*. Fondo de Cultura Económica: México, 473 páginas. ISBN 978-607-455-362-8.

*Los jóvenes en México* (FCE/CONACULTA, 2010) se cimenta sobre tres grandes planos: en primer lugar se encuentra la reflexión profunda alrededor de las maneras en que los jóvenes se insertan en/se excluyen del entramado institucional más o menos vigente. Por otro lado, se tiene el análisis de los contextos y los espacios en los que convergen las formas tradicionales de ser joven, con el conjunto de nuevos modos de constituirse como sujeto. Por último, está la exploración de las reconfiguraciones sociales provocadas por los escenarios cada vez más violentos en los que se despliegan los sujetos jóvenes. De manera específica, el libro está compuesto por once capítulos, un certero epílogo redactado por Néstor García Canclini y un anexo (de Mónica Valdez) en el que se desglosan algunas estadísticas que permiten revisar la correspondiente numeralía referente a la juventud. Ahora bien, las temáticas que se abordan en el documento son un fiel reflejo de la diversidad asociada con los múltiples modos de ser joven



<sup>1</sup> Fecha de recepción: 30 de junio de 2015. Fecha de aceptación: 30 de julio de 2015.

<sup>2</sup> Es doctor en Ciencias Sociales. Labora como profesor investigador en la Universidad de Guadalajara, y coordina la Maestría en Gestión y Desarrollo Social (PNPC), también en dicha casa de estudios. Su campo de estudio es la construcción social de la democracia, y sobre todo el papel que la juventud desempeña, o no, en dicho proceso.

y de estar en el mundo. Las miradas que se posan sobre este sector poblacional analizan con minuciosidad la condición juvenil desde rubros tales como: el género, la etnia, y la clase (Maritza Urteaga); los mercados de trabajo (José Antonio Pérez Islas); el ámbito educativo (María Herlinda Suárez); las múltiples expresiones de la violencia (Alfredo Nateras, José Manuel Valenzuela, y Juan Carlos Ramírez); y la afectividad y la sexualidad (Zeyda Rodríguez y María Martha Collignon); entre otros. En conjunto, todo ello constituye una cartografía crucial para entender y navegar el amplísimo océano del ser joven en México.

Desde luego, la cantidad de trabajos que integran el libro hacen imposible una reseña individual. No obstante, a manera de invitación a la lectura de *Los jóvenes en México*, me detendré en algunos de los capítulos que abordan temas que en lo particular me interpelan directamente. En primer lugar, considero que Lourdes C. Pacheco aborda una de las aristas menos estudiadas por las y los *juvenólogos*, es decir, aquella conformada por la juventud rural e indígena. Desde una perspectiva que critica los enfoques que han postulado al universo juvenil urbano como paradigma de la juventud en general, la autora destaca la importancia de desplazar la mirada y analizar, también, lo que ocurre en los ámbitos rurales, especialmente lo que sucede con las juventudes indígenas. Para ello sugiere que la aportación del trabajo de los jóvenes rurales (sobre todo la que ofrecen las mujeres) representa tanto un recurso fundamental para la sobrevivencia de las unidades familiares como una transferencia de valor a las economías de subsistencia de la ruralidad y la indianidad. A lo anterior se suma el surgimiento de lo que Pacheco denomina como “nuevas constantes en las características de la juventud rural”; éstas son: el acceso a mayores niveles de la educación formal, la circulación de mayor información, los esquemas de socialización en el campo y la ciudad a través de la migración, mayor acceso a la economía dineraria, conflictos entre las distintas ideas religiosas y científicas en torno al cuerpo y la sexualidad, entre otras. No obstante, frente a ello persisten las “constantes tradicionales”: el aumento de los niveles de pobreza, el acceso limitado a los mercados de trabajo, el inicio temprano del ciclo reproductivo por parte de las mujeres, etc.

Lo anterior, sugiere Pacheco, permite poner de relieve la ausencia de actores sociales y liderazgos con capacidad suficiente como para incidir en la transformación de sus circunstancias. Esto se debe, argumenta la autora, a la expansión de las características de la sociedad global, lo que produce que el tránsito hacia la adultez de los jóvenes rurales ofrezca una protección “débil”, distinta a la de antaño.

En este contexto, el trabajo de este sector poblacional constituye uno de los ámbitos que ha experimentado las principales transformaciones a partir de la inserción en un sistema de producción y consumo global (i. e. la desinstitucionalización del Estado, el vaciamiento de las políticas sociales, el abandono de la escuela rural, etc.). Otra de las transformaciones que se observan entre los jóvenes rurales tiene que ver con el tránsito de una sociedad autoritaria tradicional a una donde el sentido de la convivencia local se desancla. En este sentido, las formas tradicionales de involucrarse y participar en la construcción de la comunidad se vuelven obsoletas. De igual forma, aspectos como la inseguridad, las adicciones, los procesos identitarios, en fin, la arquitectura de la ciudadanía, constituyen rubros fundamentales que son abordados por Pacheco y, al mismo tiempo, ponen de relieve la necesidad de una exploración más profunda en el ámbito rural e indígena de nuestro país.

Gabriel Medina, por su parte, explora con eficacia el borramiento de las distinciones naturalizadas entre cuerpo y subjetividad, entre sujeto y objeto, entre sociedad y naturaleza, todo ello mediado por la tecnología y sus efectos en la condición juvenil. En última instancia, lo anterior cuestiona de manera abierta los discursos dominantes en torno a la sexualidad y el cuerpo y, por ende, erosiona los supuestos sobre los que ello se basa. De manera específica, Medina sugiere interrogarse sobre si el proceso de globalización ha generado las condiciones para que las tecnologías se incorporen de manera expansiva en la experiencia juvenil. Derivado de lo anterior, también se precisa conocer si la producción de las condiciones socioculturales actuales ha favorecido la emergencia de subjetividades y construcciones de sentido inéditas. Desde luego, lo anterior pone el énfasis en la condición juvenil de aquellos sujetos que habitan sobre todo, las zonas metropolitanas de nuestro país. Frente a esto, es necesario reflexionar en torno a la necesidad de estructurar nuevas miradas, estilos distintos de razonar, de manera que sea posible comprender las prácticas, las significaciones y las producciones juveniles contemporáneas. Todo ello inaugura, de acuerdo con el mencionado autor, otros tipos de sociabilidad que se diseminan entre las juventudes. En última instancia, la vinculación de los jóvenes con los dispositivos tecnológicos ha provocado la producción de un lenguaje y una modalidad de comunicación singulares. Dota a los jóvenes con un sentido de pertenencia a un colectivo que se encuentra socialmente diferenciado. En este contexto, Medina alude a un proceso que denomina como la digitalización de la sexualidad. Aun cuando en nuestro país estas cuestiones han sido poco exploradas, puede decirse que a la

par de las transformaciones de la industria del sexo, tanto los límites de la intimidad sexual, como la producción subjetiva de la sexualidad tienden a desplazarse, a ensancharse. El autor destaca el papel que juegan los *blogs* y *las redes sociales virtuales* en este proceso, puesto que éstos han permitido que el joven estructure una mirada de sí mismo a partir de fotografiarse o filmarse en posturas sensuales. Éstas son “subidas” a los sitios personales, donde pueden ser vistas prácticamente por todo el mundo. De esta manera los jóvenes resignifican la Red y la postulan como un espacio que transgrede los discursos sociales establecidos. Tal como lo sugiere Medina: gracias a las tecnologías de la información y la comunicación, las nuevas generaciones han colocado su intimidad en el espacio más público de la sociedad.

Ahora bien, desde una perspectiva que privilegia el análisis de la no aceptación, por parte de algunos jóvenes, de las condiciones sociales tradicionales que se les asignan para expresarse y organizarse, Rogelio Marcial sugiere que la cultura se ha convertido cada vez más en el campo en el que se pone de relieve la lucha política y la disidencia social; por supuesto, ello no quiere decir que la juventud abandone por completo la vía de la política formal, más bien, evidencia que los jóvenes vuelcan sobre las esfera de lo cultural buena parte del sentido que le otorgan a su *estar en el mundo*. De manera específica, Marcial sugiere que las expresiones musicales representan una ventana que permite asomarse a los sentidos que estructuran las demandas sociales de ciertos sectores de la juventud:

[...] la disidencia política, a través de la música, se baila y se canta como parte del ámbito de las expresiones culturales de los jóvenes en el México contemporáneo, ámbito en el que se construyen, modifican y sustituyen diversas identidades juveniles que [...] saben retomar creativamente algunos referentes de culturas juveniles globales para adaptarlos a las realidades locales en las que se desenvuelven.

Con base en estas ideas, Marcial analiza diversas expresiones juveniles que gravitan alrededor de la música (i. e. el rock, el ska, punk, el reggae, el hip-hop, la música electrónica, etc.) para ilustrar el despliegue de la disidencia juvenil en las últimas cinco décadas del presente mexicano. El trahumar que hace el autor por diversas expresiones musicales pone sobre la mesa un conjunto de referentes simbólicos, de estrategias, de visiones y de actitudes

de ciertos sectores de una juventud que rechaza los modelos de socialidad, de ludicidad y de organización que prevalecen en nuestro país. Sin duda, la estrategia de efectuar lecturas poco ortodoxas de los procesos sociales, tal como lo hace Marcial, resulta analíticamente productivo, e invita a mirar, por ejemplo, esos otros lugares en los que se condensa la política y que trascienden por mucho la dimensión formalmente instituida.

En fin, las limitaciones de espacio no permiten hacer un desglose de cada capítulo, lo que es cierto es que todos son fundamentales para acercarse al panorama de lo juvenil en México. Sólo resta decir que el acercamiento realizado por los autores y autoras involucrados en la elaboración del texto que hoy nos interpela y convoca contribuye a la construcción de las rutas que probablemente tendrán que seguir los estudios de la juventud mexicana. Con la publicación de *Los jóvenes en México* se cierra un ciclo y se abre una nueva serie de retos: se colocan sobre la mesa los temas ineludibles que han de abordarse, así como los desafíos que todo ello representa. Que no quepa duda: el esfuerzo colectivo plasmado en *Los jóvenes en México* marca un hito y constituye, innegablemente, una re-inauguración crucial y necesaria de los estudios de juventud en nuestro país.